

La *imagen imperial* del nuevo orden internacional: ¿es esto realismo político?

Vicente Palacio de Oteyza*

RESUMEN

Este artículo analiza las diversas imágenes del orden internacional pertenecientes a la teoría realista de las relaciones internacionales, y su relación con las doctrinas neoconservadoras del *orden imperial* estadounidense. Se trata de responder a la cuestión de si la imagen *unipolar-imperial* del orden internacional de la actual Administración republicana puede considerarse una forma de realismo político. Tanto los defensores del orden unipolar-imperial como sus detractores adscriben a menudo esta imagen a la tradición del realismo, donde se encuadran otras dos imágenes posteriores al fin de la Guerra Fría: las imágenes geoeconómica y la multipolar. Sin embargo, un análisis de las diversas imágenes revela que las doctrinas neoconservadoras del nuevo orden imperial se apartan considerablemente del realismo en los niveles descriptivo, prescriptivo y predictivo, hasta el punto de resultar incompatibles con aquél. Este estudio concluye que la imagen *imperial* es una anomalía no sólo respecto al realismo político, sino también respecto a la propia imagen *unipolar*.

Palabras clave: Orden internacional, Estados Unidos, realismo político, teoría relaciones internacionales, unilateralismo, multilateralismo

Los cambios en la política exterior norteamericana tras la llegada al poder de G. W. Bush y su equipo de gobierno, acelerados por la onda expansiva de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, no sólo han sacudido los precarios cimientos del sistema

*Coordinador del Observatorio de Política Exterior Española, Fundación Alternativas, Estudios de Progreso
vicenspal@inicia.es

internacional, imponiendo una turbulenta agenda global centrada en la seguridad, sino que también han propiciado la aparición de nuevos diseños teóricos explicativos y legitimadores del orden internacional.

Las doctrinas neoconservadoras que surgen en Estados Unidos inmediatamente antes y después de la nueva Administración republicana conforman una imagen unipolar-imperial del orden internacional. El hecho de que en el Gobierno norteamericano se encuentren oficiales ligados a anteriores administraciones republicanas, como Paul Wolfowitz, Donald Rumsfeld o Dick Cheney, rodeados de apologetas de la política de poder y la fuerza militar en el ámbito internacional como William Kristol y Robert Kagan, a menudo ha llevado tanto a los defensores de la imagen imperial como a sus detractores a calificarla de “realista”.

Sin embargo, resulta muy dudoso que la imagen imperial pueda encuadrarse con rigor dentro de la tradición del realismo político, dada la abundancia de elementos espúreos que contravienen algunos de los supuestos básicos de dicha tradición. En este artículo me propongo mostrar que la imagen imperial de los neoconservadores supone una anomalía dentro del realismo político y una distorsión de la propia imagen unipolar, ya que la doctrina que la sustenta se aparta significativamente del realismo en los niveles descriptivo, prescriptivo y predictivo.

Para ello, en este artículo procedo del siguiente modo. En primer lugar hago un breve repaso de los fundamentos de la tradición realista, sintetizando sus elementos comunes. Segundo, procedo a un recuento de las distintas imágenes realistas posteriores al fin de la Guerra Fría: geoeconómica, multipolar y unipolar, ésta última con dos variantes, la propiamente unipolar y la neoimperial. Y tercero, contrasto los presupuestos de la imagen imperial con los principios del realismo político y con las otras dos imágenes, al objeto de delimitar hasta qué punto las doctrinas neoconservadoras pueden calificarse como realistas. Espero poder mostrar que la identificación de la imagen imperial con el realismo político es un reduccionismo perjudicial tanto para el realismo como para el desarrollo de la disciplina de las relaciones internacionales; y por ende, perjudicial también para la paz y la justicia en el mundo.

REALISMO POLÍTICO Y ORDEN INTERNACIONAL

Aunque en diferentes grados y con diferencias importantes entre ellas, todas las variantes del realismo político muestran un mundo estatocéntrico y dividido en esferas de poder, perpetuado por un dilema de seguridad que inhibe una cooperación duradera entre los estados, y donde las capacidades militares son la clave de la política internacional. De acuer-

do con el realismo, el dilema de seguridad que afrontan los estados en un ámbito anárquico (sin autoridad superior a todos ellos), y por tanto incierto, les lleva a una dinámica de equilibrio de poder (*balance of power*). Los estados pueden formar un contrapoder (*balancing*) o aliarse con el *hegemon* (*bandwagoning*); ya sea empleando una estrategia ofensiva para maximizar su poder relativo, o una estrategia defensiva para conservarlo.

Las principales visiones realistas del orden internacional surgidas después del fin de la Guerra Fría hasta el presente se asientan en unos cuantos elementos comunes que varían en grado y combinatoria, dependiendo del autor y de la escuela. Son siete principios que sintetizan en términos de mínimo común denominador la tradición del realismo político en las relaciones internacionales¹:

– La concepción de la política esencialmente como poder (*power politics*). La omnipresencia del poder, sin embargo, no implica una defensa del autoritarismo frente a fórmulas democráticas de gobierno. Aun cuando el realismo se asocia en política exterior con la *realpolitik*, es compatible con regímenes liberal-democráticos que presten atención al rol del poder en sus relaciones externas con otros estados.

– Los estados son los actores principales en las relaciones internacionales, por encima de individuos, clases, organizaciones internacionales, o compañías transnacionales. Los estados se consideran actores racionales.

– Las relaciones entre los estados son esencialmente competitivas, en el plano económico-tecnológico y militar. Los estados luchan por el poder para conseguir sus intereses, aunque no necesariamente buscan maximizar su poder, sino a veces tan sólo conservarlo.

– El papel central del poder militar (*military capabilities*) por encima de los demás ingredientes del poder. Se presupone a los estados, especialmente a las superpotencias, la fungibilidad, o capacidad de convertir el poder militar en poder económico y viceversa.

– La dinámica recurrente del equilibrio de poder, con independencia de las motivaciones de la política exterior de los estados. El realismo afirma la balanza de poder como la principal forma de gestionar el poder frente a sus alternativas: la seguridad colectiva y el gobierno mundial.

– La primacía de la política en las relaciones internacionales y por tanto la subordinación de la actividad económica internacional a aquélla. En el terreno económico, predomina la competencia en términos de ganancias relativas (*relative gains*), sobre la cooperación de ganancias absolutas (*absolute gains*).

– La separación de la política y la ética en los asuntos internacionales, de acuerdo con la línea interior-exterior. La autonomía de la esfera política frente a la esfera ética no significa que estemos ante una teoría inmoral, sino que la moral, en tanto que objeto de las relaciones internacionales, queda fuera del campo de estudio del realismo. El principio weberiano de la primacía de la ética de la responsabilidad, que pone el acento en las consecuencias de las acciones, va ligado a la renuncia de toda forma de idealis-

mo moral universalista en la política exterior, por considerarlo una fuente de conflictos entre las naciones². A pesar de no tratarse de una teoría normativa, el realismo político sí posee un componente normativo en sus prescripciones, ya que pretende mejorar el estado de las cosas al revelar las leyes que rigen la política.

LAS IMÁGENES REALISTAS DEL ORDEN INTERNACIONAL

Una vez sintetizados los elementos básicos del realismo político, y con objeto de situar la *imagen imperial* en su contexto teórico, presentaré las principales visiones realistas del orden internacional surgidas con posterioridad al fin de la Guerra Fría. Pero antes, es preciso aclarar qué se entiende aquí por orden internacional. En la definición básica de Hedley Bull, orden se refiere a un patrón de regularidad de interacción que se halla en toda situación social, y que incluye tres elementos: la seguridad contra la violencia, el cumplimiento de los contratos (*pacta sunt servanda*), y la estabilidad de la propiedad (reconocimiento mutuo de soberanía). Orden internacional concierne estrictamente a las necesidades esenciales de los estados: la preservación del sistema de estados y de su seguridad, entendiendo por ésta no una paz universal, sino ausencia de guerra en condiciones normales³. Los diferentes órdenes internacionales promueven diferentes objetivos o valores, si bien, en rigor, para que haya orden internacional basta en principio con que los estados respeten mutuamente su soberanía, sin interferir en los otros estados para garantizar el respeto de los derechos humanos o el bienestar de sus ciudadanos. Así, a diferencia de las perspectivas liberal, cosmopolita, o radical, que se ocupan de definir un orden mundial que tenga en cuenta otros actores⁴, el realismo político se circunscribe estrictamente al orden internacional (dicho con propiedad, interestatal). Al moverse en los límites estrictos del orden interestatal, la perspectiva realista acepta la precariedad de tal orden, constantemente amenazado por el recurso arbitrario a la fuerza a consecuencia de la anarquía.

La ausencia de una única teoría realista, que se manifiesta en una gran variedad de perspectivas o escuelas, nos sugiere que no puede hablarse de una única imagen prototípica del orden internacional que se ajuste mejor al realismo político. En lugar de un marco teórico coherente, perfectamente articulado en sus tres niveles, descriptivo, prescriptivo y predictivo, lo que encontramos son imágenes a modo de mapas aproximados de las relaciones internacionales. Las tres imágenes realistas que exponemos a continuación combinan de distinta manera los siete principios del realismo expuestos más arriba, así como las distintas escuelas realistas, por lo que contienen distintas prescripciones y predicciones.

Siguiendo de forma aproximada el esquema elaborado recientemente por uno de los más prominentes analistas norteamericanos del realismo político, Michael Mastanduno⁵, a continuación hago un breve repaso de las imágenes realistas del orden internacional surgidas con posterioridad al fin de la Guerra Fría: la geoeconómica, la multipolar y la unipolar. La imagen imperial, sobre la que gira este estudio, se añadiría a las tres imágenes anteriores como una variante de la imagen unipolar.

LA IMAGEN GEOECONÓMICA

Esta imagen dibuja un mundo donde la competición militar se traslada principalmente al ámbito de la competición económica entre las principales potencias industriales. Los estados-nación conservan su condición de principales actores del sistema en una competición por los mercados, las materias primas, el empleo de alto valor añadido y el dominio de tecnología avanzada. El contexto donde ello ocurre es una globalización de efectos fragmentadores y con niveles muy dispares de integración según las áreas, los estados y las regiones. Pero ello no significa en modo alguno el fin de la política, pues son los estados los que toman en último término las grandes decisiones de la política económica, y es el poder militar el que sostiene el aparato económico multilateral⁶. De acuerdo con la imagen geoeconómica, las grandes potencias de alcance regional serán más proclives a cooperar en términos de ganancias relativas y no absolutas (*relative* versus *absolute gains*), lo que significa políticas económicas exteriores más competitivas. Básicamente, se produciría una regionalización de la economía mundial en torno a la tríada donde se concentran la mayor parte de los flujos de comercio y de capital del PIB mundial; un bloque liderado por Estados Unidos con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), otro bloque liderado por la Unión Europea (UE) –con una Alemania proyectada hacia el Este– y por último un bloque asiático organizado en torno a Japón (o eventualmente, China)⁷. Se trata pues de un orden en el que la regionalización supone un freno a la integración global, apareciendo ambas como contrapuestas. En tal escenario, es previsible la continuación de la desigualdad económica y tecnológica (“brecha digital” o *digital divide*) entre países ricos y pobres, así como dentro de las sociedades desarrolladas.

Balance

Un balance provisional de la imagen geoeconómica parece mostrar su fortaleza; la tríada parece aglutinar en torno a sí el poder económico y político, y los estados que la componen conservan un fuerte poder de maniobra en la gestión de los asuntos econó-

micos. Sin embargo, pueden introducirse distintas objeciones que restan fuerza a esta imagen. Por un lado, la actividad económica mundial no es un juego de suma cero; la competición, en fin, puede no ser competitiva. Además, las que son competitivas son las grandes empresas, y no tanto los estados, por lo que la retórica de la competitividad es una extrapolación que no se ajusta a los hechos, y debe acogerse con cautela. Los estados, fuertes y débiles, han perdido parte del control de la gestión política y económica frente a las multinacionales, las grandes consultoras o las mafias, entre otros. Finalmente, no existe evidencia empírica concluyente que muestre que regionalización y globalización son mutuamente excluyentes por principio⁸.

Respecto a las predicciones en torno a esta primera imagen, existen luces y sombras, debido a lo contingente de la situación, caracterizada por las continuas alternancias. En los terrenos económico y de seguridad pueden observarse tendencias contrarias que hacen muy difícil un balance concluyente del poder predictivo de la imagen geoeconómica. Junto a los aspectos negativos que desmienten sus pronósticos, existen otros aspectos positivos que las refuerzan. Veámoslo.

En cuanto a los aspectos negativos, hay que decir que la incertidumbre inmediatamente posterior al fin de la Guerra Fría, con un Japón todavía amenazando la economía norteamericana, o las perspectivas de una Alemania hegemónica y agresiva tras la reunificación, se ha debilitado al inicio del tercer milenio. Tras el auge de la regionalización después de la Guerra Fría (conflictos en el GATT entre Estados Unidos y la UE, luego en la Organización Mundial del Comercio (OMC); el proyecto de lanzamiento del euro; el poder económico de Japón), el fantasma de la cruda competición geoeconómica se desvaneció en parte. Estados Unidos redujo sus tensiones con la UE mediante la Nueva Agenda Transatlántica para resolver los conflictos comerciales y promover la cooperación económica, a pesar de los litigios existentes en la OMC. En cuanto a Japón, Estados Unidos ha reforzado en los últimos años el Tratado de Seguridad con el país asiático, a pesar de las resistencias internas dentro de éste. Igualmente, Estados Unidos respondió a la crisis financiera de 1997 no tratando de obtener ganancias relativas, sino afrontándola como un reto para la seguridad regional y la estabilidad financiera. Todo esto probaría la tesis de que los bloques regionales son compatibles con el multilateralismo global; la integración de los mercados comerciales y financieros globales aumentaría la vulnerabilidad de los estados, empujándolos a la cooperación. Por último, como veremos al analizar la imagen unipolar-imperial, los intereses geoeconómicos no han eclipsado los aspectos políticos y de seguridad. Tras el ataque terrorista a Estados Unidos del 11-S, más bien parece que la agenda económica se subordina a la agenda de seguridad.

Respecto a los aspectos positivos, sin embargo, existen signos de que la competición geoeconómica continuará. La actividad económica se desarrolla a lo largo de las líneas trazadas por los estados más poderosos y conserva, en última instancia, un carácter político. Así lo avalan el control de los mecanismos financieros, el peso económico,

y la enorme influencia de las grandes potencias en los organismos internacionales, notablemente Estados Unidos⁹. Especialmente problemática es la guerra comercial entre Estados Unidos y la UE en la OMC, a causa de las políticas proteccionistas agrícolas y del acero de la Administración G. W. Bush, o las represalias europeas, junto con la irruelta Política Agrícola Común (PAC). Además, la tensión futura entre el dólar y el euro amenaza con tener serias repercusiones en el terreno político y de la seguridad (Naciones Unidas y OTAN). Finalmente, no es imposible un empeoramiento de la coyuntura económica mundial, que podría dar al traste con el *falso amanecer* de la globalización (en los términos de John Gray) y acentuar las divisiones entre las distintas formas de gestión del capitalismo por los estados y el mercantilismo.

LA IMAGEN MULTIPOLAR

La segunda imagen realista del orden internacional, compatible en parte con la imagen geoeconómica, consiste en un retorno a un sistema multipolar tradicional de equilibrio de poder, pero con un peso decisivo del factor militar. El sistema multipolar se caracteriza por la ausencia de un *hegemon* y una flexibilidad de alianzas entre las grandes potencias que tiene por objeto frenar a cualquier competidor (*challenger*) potencial. Según los realistas que apuestan por un sistema multipolar tras la Guerra Fría, la bipolaridad es una anomalía histórica, y la multipolaridad supone el estado natural del orden internacional. La imagen del concierto de potencias en equilibrio, cuyo principal valedor es Henry Kissinger, tiene como modelo el sistema multipolar del concierto europeo del siglo XIX. En el “nuevo orden mundial” descrito por Kissinger, el poder se ha hecho “difuso” y la capacidad militar, aunque imprescindible, no puede aplicarse a la resolución de todos los problemas. De hecho, pese a su aplastante superioridad militar, el poder efectivo de Estados Unidos habría disminuido, y es menor que al comienzo de la Guerra Fría¹⁰. El orden del sistema, integrado por “cinco o seis grandes potencias y una multiplicidad de estados más pequeños” se dará para Kissinger como resultado del equilibrio de los intereses nacionales en competencia. Estados surgidos de la desintegración soviética, estados poscoloniales y estados continentales, como China, India, Rusia, Estados Unidos o una posible Europa unificada, serían los actores de este orden complejo.

Para asegurar la estabilidad del orden multipolar y no crear enemigos a Estados Unidos, Kissinger prescribe contención en la política exterior de la superpotencia estadounidense. Estados Unidos es *primus inter pares* en ese concierto de potencias, por lo que tendrá que pactar de forma realista con ellas, buscando con tiento el equilibrio geopolítico y a veces supeditando sus valores morales a sus intereses o a consideraciones de

prudencia, renunciando a la política exterior *wilsoniana* de las libertades y los derechos humanos. Rusia y China son casos clave para el nuevo orden, ya que sus evoluciones hacia la democracia y la sociedad de mercado, así como sus posibles ambiciones expansionistas, son inciertas. En este esquema, la conservación de la relación transatlántica entre Estados Unidos y Europa es vital para mantener el orden. Estados Unidos necesita a Europa para tener un asidero de valores y cultura común en el continente euroasiático; la relación transatlántica sirve para enfrentarse a las amenazas del siglo XXI. Por su parte, Europa se enfrenta a las consecuencias de la unificación alemana y a la nueva función de la OTAN y sus relaciones con los países ex comunistas, con las ex repúblicas soviéticas y con Rusia. Respecto a Asia, la imagen multipolar anuncia nuevos contrapesos a medida que China gana peso, por lo que Kissinger recomienda la permanencia del triángulo estratégico de Estados Unidos con China y Japón. En cuanto al “continente latinoamericano”, sus intereses geopolíticos y valores se adecuarían con los de Estados Unidos, una vez finalizado el comunismo.

El neorrealismo de Kenneth Waltz y su discípulo John Mersheimer proporciona otra versión del sistema multipolar, con una elaboración menos historicista y más técnica que la de Kissinger. Para el neorrealismo, la unipolaridad estadounidense es una anomalía, y por ello predice, de acuerdo con la teoría del equilibrio de poder, la emergencia de competidores de Estados Unidos, y por tanto la deriva del actual orden internacional hacia un nuevo reparto de poder¹¹. Para el neorrealismo, y en fuerte contraste con la imagen geoeconómica, la competición se desarrolla principalmente en el terreno militar y de la seguridad. Se trata de un orden internacional regido por los estados más poderosos, con Estados Unidos a la cabeza, y no por los mercados regionales o globalizados. A diferencia también de la multipolaridad de Kissinger, el neorrealismo atribuye a la multipolaridad inestabilidad y conflicto, en contraste con la armonía y la estabilidad que generaba la bipolaridad de la Guerra Fría. Para Waltz, la multipolaridad en el terreno militar no se ha iniciado hasta el momento debido a la solidez del paraguas militar norteamericano y la inercia de sus aliados en Europa y Asia, pero está próxima a romperse. En este escenario en el que emerge una nueva estructura, los neorrealistas predicen que Japón y Alemania abandonarán su estatus de la Guerra Fría y se emanciparán de la tutela estadounidense, abandonando su papel meramente económico y haciéndose con poder nuclear, mientras Rusia y China hacen de contrapoder (*balancing*) a los Estados Unidos. Una vez desaparecida la amenaza soviética, el neorrealismo predice para Europa una etapa inestable, propia de los sistemas multipolares. Tal inestabilidad sólo podría amortiguarse mediante una proliferación nuclear controlada, ya que la rivalidad será real. En este nuevo orden internacional multipolar, la organización de seguridad por antonomasia de la Guerra Fría, la OTAN, probablemente se colapse debido a la progresiva retirada de Estados Unidos del continente, lo que podrá dar lugar a la aparición de instituciones nuevas. En todo caso, una estrategia de expansión de la OTAN

fuera de su ámbito geográfico causa fricciones con Rusia. Para Stephen Walt, la progresiva brecha transatlántica es inevitable debido a la erosión de tres fuerzas que antaño mantenían unidas a Europa y Estados Unidos: la amenaza soviética común, los fuertes lazos económicos prioritarios entre Estados Unidos y Europa, y una generación de élites políticas con afinidades personales. No es casual así que los desacuerdos entre Estados Unidos y Europa, agravados por intereses diversos, se extiendan a asuntos como el proceso de paz en Oriente Medio, la Cuba de Castro, el Protocolo de Kyoto, el Tribunal Penal Internacional, o el consenso en el G-7¹².

Balance

La fuerza y la debilidad a un tiempo de la *imagen multipolar* reside en la espectacularidad de sus políticas de contrapoder, así como en la reestructuración del orden global que implica. En los niveles descriptivo y predictivo, sin embargo, su adecuación a la realidad es incierta. De nuevo, son apreciables tendencias contrarias al mismo tiempo que desmienten o avalan dicha imagen. Por un lado, si bien Francia, Rusia y varios estados de Oriente Medio exhiben una retórica rupturista, los intentos de poner freno a la hegemonía de EEUU no han supuesto la desaparición del sistema multilateral de alianzas surgido tras el fin de la Segunda Guerra Mundial –Naciones Unidas y sus organismos económicos asociados de Breton Woods (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial), la OTAN o el Tratado de Seguridad de EEUU y Japón. Especialmente, la atracción que la OTAN ha ejercido sobre los extintos países comunistas ha sido notable, llevándoles incluso a renunciar a programas nucleares. La OTAN no desaparece, sino que se da un cambio de su función y sus misiones, ya sea conviviendo con otros dispositivos de seguridad de una Europa de *cooperaciones reforzadas* (la Política Europea de Seguridad y Defensa, PESD), o situándose en la retaguardia del intervencionismo unilateral estadounidense. Ni Alemania, integrada en la UE con Francia, ni Japón, por motivos políticos y estratégicos, han dado el paso adelante para convertirse en gigantes militares, y no parece cercano ese momento. Tampoco Rusia y China han emprendido ningún acercamiento en forma de coalición para contrarrestar el poder estadounidense, ni se aprecia un refuerzo sensible de su capacidad militar.

Pero el aparente fracaso de las predicciones neorrealistas más radicales (fin de la OTAN, parón en la integración europea, proliferación nuclear) no debe distraernos ni de la recurrencia del *contrapoder* (como muestra la crisis de Irak en 2003) ni de las posibles fracturas que pueden resultar de una estrategia conjunta de las grandes potencias frente a Estados Unidos (en la OTAN, Naciones Unidas, OMC, etc.) Las resistencias de los “estados canallas” (*rogue states*) como Irak, Irán y Corea del Norte y las células del terrorismo internacional (Al Qaeda) sirven de contrapeso real –aunque también de pretexto– a la hegemonía norteamericana. Finalmente, las nuevas tendencias de revisión estratégica surgidas tras el 11-S muestran que la capacidad nuclear se ha hecho difusa,

y que el equilibrio nuclear entre las grandes potencias puede haberse desvanecido, por lo que una reestructuración total en el ámbito de la seguridad bien podría desatar una nueva dinámica de equilibrios. La cuestión estriba en si la imagen multipolar se cumplirá en forma armónica y concertada, o de manera conflictiva. En cualquier caso, el orden multipolar que predice el realismo vendría de la mano de las nuevas condiciones de inseguridad y de vulnerabilidad mutua creadas tras el 11-S, en combinación con la mencionada estrategia de contrapoderes en las instituciones internacionales.

LA IMAGEN UNIPOLAR

Finalmente, la tercera imagen del orden internacional consiste en un sistema unipolar con EEUU como garante del orden internacional. Ésta es la imagen típica de la segunda mitad de la década de los noventa y principios del siglo XXI. La unipolaridad es una estructura de poder en la que las enormes capacidades de una superpotencia hacen imposible que las demás grandes potencias puedan contrarrestarla. Deben distinguirse claramente dos versiones de la unipolaridad por sus repercusiones prácticas. En la primera versión, la unipolaridad se entiende como un sistema anárquico, con supremacía de EEUU pero sin jerarquía internacional, y relativamente estable. En la segunda versión, de un realismo muy heterodoxo, la unipolaridad se acentúa tanto que termina por hacer irrelevantes a las otras potencias, instaurando una jerarquía. Se trata entonces de una hiperpotencia que anula completamente al resto, imponiendo una política imperial (territorial o no territorial, *virtual*) por la fuerza militar y la hegemonía económica, introduciendo continuas alteraciones de las reglas y con ellas un alto riesgo de desorden en un mundo profundamente dividido. Estas dos versiones de la imagen unipolar ponen en evidencia la teoría realista ortodoxa, ya que sugieren el fin del mecanismo del equilibrio de poder (automático o deliberado), pero conservan otros elementos clave del realismo: el estatocentrismo, la importancia del poder militar, o la *fungibilidad* económico-militar. Veámoslo más detenidamente.

La primera versión, propiamente unipolar, apuesta por la duración del momento unipolar del actual sistema internacional tras la caída de la URSS¹³. En la versión más optimista del orden unipolar, la hegemonía estadounidense, que no tiene precedentes en la historia, se mantiene de forma indiscutida, estable, duradera y pacífica. La clara primacía de que Estados Unidos gozaría en los terrenos económico, militar, tecnológico y geopolítico, hace desaparecer la lucha por la hegemonía y convierte en muy improbable la aparición de un competidor real. La estabilidad de la unipolaridad es debida a que ésta reduce al máximo la incertidumbre y el número de contendientes, más aún que

la bipolaridad. La aplastante superioridad de EEUU minimiza la competición de seguridad de las otras grandes potencias y crea un consenso legitimador de la situación. Ello vendría reforzado por la propia dinámica de los juegos de equilibrio de poder locales: China, Rusia, Japón o Alemania tendrían que hacer frente a contraequilibrios regionales que les impedirían ir lo suficientemente lejos como para alcanzar a Estados Unidos. Los partidarios realistas del orden internacional unipolar señalan dos elementos cuya probable materialización augura el mantenimiento de la unipolaridad estadounidense¹⁴. Primero, la tremenda potencia de la capacidad militar-tecnológica de EEUU, que pone inteligencia y tecnología al servicio de una capacidad militar sin parangón en la historia. Segundo, la percepción de la hegemonía de EEUU no como una amenaza, sino como un hegemon benigno (*benign hegemon*). En este sentido, se prescribe la combinación del liderazgo con una toma de decisiones multilateral que incluya a los estados revisionistas.

La imagen unipolar admite matices como los de un Waltz o un Mearsheimer más recientes, o de Samuel Huntington, quienes describen el momento unipolar más bien como una combinación de multipolaridad y unipolaridad, y predicen que se irá debilitando progresivamente. Estos enfoques vaticinan una retirada del *hegemon* estadounidense de Europa debido a los costes financieros y humanos que su presencia en el continente le ocasiona, dejando el control de las áreas geoestratégicas europea o asiática a otros hegemones potenciales. Para estos autores, aunque la unipolaridad estadounidense es indiscutible, se trata de una condición *contra natura*, y previsiblemente finalizará debido a los recursos limitados de Estados Unidos y la reacción de otros estados contra la amenaza o predominio de una sola superpotencia. En ese escenario donde la gran potencia, el *American Pacifier*, está ausente, se entabla una competición entre las potencias europeas –Francia y Alemania– o entre Alemania y Rusia, o tal vez entre Rusia y China. A su vez, estos hegemones regionales mantendrían su área de influencia y EEUU se dedicaría a contenerlos para mantener una situación de equilibrio¹⁵.

En el caso de Huntington, la lucha por el poder se da en términos civilizatorios o culturales. El que podría llamarse *realismo de las civilizaciones*, aun apartándose de la rigidez estatocéntrica de los (neo)realistas, conserva una lógica muy próxima al realismo clásico; describe el mundo en términos de *lucha por el poder* entre civilizaciones, predice la formación de coaliciones, y prescribe prudencia en la política exterior del *hegemon* estadounidense. En ese marco civilizatorio no hay un orden unipolar propiamente dicho, sino un híbrido *uni-multi polar*, ya que EEUU no puede actuar en solitario frente a las principales potencias regionales –Rusia, China, Francia y Alemania, India, Irán, Brasil, Sudáfrica y Nigeria–, y las potencias regionales secundarias –Gran Bretaña, Japón, Pakistán, Argentina, entre otras. En el nivel prescriptivo, la imagen *uni-multi polar* recomienda la cooperación con las grandes potencias para resolver los asuntos de repercusión global (Protocolo de Kyoto, Tribunal Penal Internacional, conflicto de Oriente Medio, etc.), renunciando al unilateralismo. La mayor dificultad de la unipolaridad nor-

teamericana estriba para Huntington en la percepción de Estados Unidos por parte del resto de estados como un país arrogante y unilateral, como una superpotencia canalla (*rogue superpower*), en lugar de un *hegemon* benigno. Con toda probabilidad, el momento unipolar se desvanecerá tan pronto como las potencias mayores se coaliguen para contrarrestar a EEUU. Tal orden multipolar sería menos conflictivo que el *uni-multi polar* actual, ya que las principales potencias regionales se ocuparían de mantener el orden en sus esferas de influencia. En un escenario en el que el poder y la cultura interactúan, las buenas relaciones de EEUU con Europa serán fundamentales para evitar la *soledad* norteamericana¹⁶.

En la línea de unipolaridad *suave* rayana en la multipolaridad se encuentra la visión de Zbigniew Brzezinski. Aquí, la superpotencia global norteamericana debe esforzarse para mantener un orden liberal, mediante la instauración de un sistema de seguridad colectiva, con la OTAN y el Tratado de Seguridad con Japón; el incremento de su actividad en la cooperación regional y en los organismos internacionales; la promoción de los regímenes democráticos, y el refuerzo de una arquitectura constitucional y jurídica global¹⁷. Ese orden unipolar combinaría armónicamente la hegemonía norteamericana con la diversidad y semiautonomía de los otros estados; liberalismo económico y político con realismo y geopolítica. En suma, se trataría de una especie de Pax Americana con guiños de poder blando (*soft power*), en términos de Joseph Nye. Mención aparte merece la visión de Nye, que rompe los esquemas del realismo; la imagen unipolar no sería válida porque no capta la complejidad del orden mundial en el contexto de la globalización. La imagen propuesta por Nye consiste en un “tablero tridimensional”, con un tablero superior militar unipolar, un tablero intermedio económico multipolar, y un tercer tablero de poder blando de relaciones transnacionales vehiculadas a través de las nuevas tecnologías de la información. En esta imagen tridimensional no tiene sentido propiamente hablar de unipolaridad, multipolaridad o hegemonía¹⁸.

Balance

La imagen unipolar, pese al atractivo de una sola potencia legitimadora del orden internacional, es difícil de mantener. Mientras la retórica de la política exterior estadounidense se centra en defender los objetivos de promover la democracia, los derechos individuales y los mercados abiertos, permanece el objetivo central de mantener la unipolaridad y evitar la emergencia de un competidor global. La dificultad de la política de Estados Unidos respecto al resto de grandes potencias reside en tratar de convencerlas de los beneficios que se derivan de aceptar la hegemonía estadounidense y la globalización. Como afirma Nye, la manera en que EEUU responda a los retos revisionistas que presenta la evolución de las dos Coreas, Rusia o China, así como su implicación multilateral en las instituciones internacionales, serán decisivas para el futuro del orden internacional. En este sentido, la unipolaridad multilateral resultaría menos conflictiva, aunque

tal vez insuficiente para no despertar los recelos del resto de naciones. Por último, la estabilidad del orden unipolar aparece amenazada por factores internos de Estados Unidos: los desequilibrios económicos, la necesidad de recursos energéticos como petróleo, la amenaza terrorista, o las alternativas partidistas en Washington.

LA IMAGEN IMPERIAL: BALANCE Y PERSPECTIVAS

La diferenciación entre las variantes *unipolar* e *imperial* se justifica en primer lugar porque ambas no son equiparables técnicamente. En contraste con la imagen *unipolar*, en la imagen *imperial* sólo existe *una Gran Potencia* –Estados Unidos– que concentra en sí tantas capacidades como para formar un imperio global¹⁹, rompiendo el mecanismo de equilibrio de poder. El contexto histórico en que se produce esta imagen es el giro de la agenda exterior de la Administración de G. W. Bush –que pasa de una agenda económica a otra de Seguridad, y el giro de estrategia, del multilateralismo firme (*assertive multilateralism*) al unilateralismo. Bush decreta un estado de guerra o excepción (*war time*) y sustituye su planteamiento de una política exterior “humilde”, de carácter más bien defensivo, cuyo símbolo es el proyecto de Defensa Antimisiles, por una ambiciosa “guerra contra el terrorismo” global con el objetivo de imponer la hegemonía estadounidense, lo que obliga a una presencia militar en todo el mundo²⁰. La imagen imperial, desarrollada por varios autores norteamericanos, bebe de la tradición realista para ofrecer una visión típicamente norteamericana, pero sin encuadrarse formalmente en dicha escuela. De hecho, se trata de una versión bastante heterodoxa del planteamiento realista. La imagen remite a un orden mundial con un centro –Washington– a modo de nueva Roma que controla y manda sobre las provincias imperiales. El orden imperial no debe confundirse, sin embargo, con otra imagen, la del Gobierno o Estado mundial –ya fuera creado como resultado de un consenso entre los estados o por la conquista de uno de ellos sobre los demás–; ni en su grado de centralización ni en sus características institucionales²¹.

La imagen imperial, a su vez, puede entenderse de dos formas: como producto de una progresiva pacificación democrática a través de las guerras, o como un proceso de fuerte inestabilidad y violencia sin fin.

La primera subvariante, cuyo fundamento doctrinal es el *neoconservadurismo* o *neoimperialismo* norteamericano, centra sus análisis en las políticas hegemónicas de Estados Unidos, que aspiran a un dominio global. Aquí se encuadrarían las visiones de los oficiales *halcones* de la Administración de G. W. Bush y un buen número de analistas neoconservadores partidarios de la “doctrina Bush” unilateralista del ataque pre-

ventivo (*pre-emption*), entre los que se hallan Richard Perle, William Kristol o Robert Kagan²², fundador éste último del *think-tank Project for a New American Century* y el ideólogo más influyente del grupo. Inspirándose en la división del mundo en las esferas premoderna –estados fallidos (*failed states*) y canallas (*rogue states*)–, moderna –EEUU, China, Brasil, India– y posmoderna –Europa–, del diplomático británico Robert Cooper²³, Kagan dibuja un mapamundi marcado por la primacía estadounidense, donde son frecuentes las intervenciones unilaterales para imponer la democracia *a la americana* en las zonas premoderna y moderna. Este orden imperial es parco en cooperación multilateral, sea con Naciones Unidas o con la OTAN, a pesar de la retórica que exhibe la Estrategia de Seguridad Nacional de G. W. Bush. Es un mundo donde eventualmente se acentúa la brecha transatlántica entre el *moderno y hobbesiano* EEUU, que hace uso de su poder militar, y la *posmoderna y kantiana* Europa que, como dejaron claro las guerras en los Balcanes de los noventa, confía más en la cooperación y la diplomacia. Al igual que en la imagen multipolar de los neorrealistas, lo que marca el nuevo orden internacional para los neoconservadores es el riesgo de la brecha transatlántica. Sin embargo, para los segundos esta brecha se debe principalmente a la diferencia de poder militar entre la superpotencia norteamericana y el viejo continente. Aun compartiendo un fin último –consolidar un orden mundial de corte liberal–, el desfase de capacidades militares generaría un profundo desacuerdo en la estrategia a adoptar, las diferentes valoraciones de las amenazas, los medios para afrontarlas o la utilidad y moralidad del poder. Mientras los norteamericanos ven la principal amenaza a la seguridad en las armas de destrucción masiva, el terrorismo y los estados canallas (*rogue states*), los europeos la ven en el conflicto étnico, la migración, el crimen organizado, la pobreza o la degradación del medioambiente. La preocupación norteamericana por los terroristas y estados canallas (*rogue states*) en un mundo sin ley se justifica porque, en palabras de Kagan, “Outlaws shoot sheriffs, not saloonkeepers”²⁴. Aunque Europa puede tener argumentos históricos profundos –la traumática experiencia de las dos guerras mundiales en territorio europeo– para Kagan Europa se equivoca al no mirar cara a cara la dura realidad de la política internacional, ignorando que fuera de su limitado mundo posmoderno, kantiano, acecha la jungla donde estados y actores amenazan su supervivencia. En la imagen imperial del mundo, tales peligros sólo pueden conjurarse militarmente, a menudo utilizando dobles estándares en el uso de la fuerza y en la defensa de los derechos humanos, dependiendo del país o la región de que se trate (Irak o Israel, Chechenia o Cuba, etc.)

La segunda subvariante de la imagen imperial, que llamaremos *desorden imperial*, es más pesimista que la anterior, y presenta un panorama negro para el futuro. Inspirándose en los elementos más pesimistas de Tucídides, Maquiavelo, Hobbes, o Kissinger, describe el mundo que sigue al fin de la Guerra Fría como un espacio fragmentado, roto por fracturas económicas, políticas, sociales, religiosas y demográficas, donde el empleo de la fuerza y la *realpolitik* es el único modo de supervivencia. La división

del mundo entre ricos y pobres, agravada por la globalización económica, la presión demográfica, y la lucha por los recursos escasos – agua o petróleo–, se agrava en extensas áreas de África, América del Sur o Asia Central y obliga a Occidente a ponerse a la defensiva. Tal postura, representada por el analista y reportero Robert Kaplan, es escéptica respecto a la implantación de la democracia en otros países, pues en muchos casos concretos la democracia puede resultar perjudicial, como en Rusia o los estados africanos en descomposición. Kaplan prescribe que el imperio americano intervenga limitadamente y en su propio interés, sin reparos en implantar regímenes autoritarios para acabar con el desorden; es el caso de las misiones de la OTAN en Kosovo o Bosnia, la intervención en Irak, etc. En cuanto a la ONU, un hipotético incremento de sus miembros en el Consejo de Seguridad y su democratización no resolverían nada, ya que no es posible un consenso en los temas clave dadas las diferencias de intereses entre los estados. En un desorden tal, cualquier organismo supranacional de gobernanza (*governance*) que no reconozca las profundas divisiones entre los estados está condenado de antemano al fracaso²⁵.

Balance

Ambas subvariantes del orden imperial, aunque carentes de una elaboración teórica rigurosa, coinciden vagamente con el realismo político en el plano descriptivo. El nuevo orden imperial, se entienda el imperio norteamericano como territorial, o *desterritorializado* –de dominación simbólica y tecnológica²⁶– nos retrotrae a la vieja cuestión realista sobre la ordenación del mundo: imperio, federación mundial, o distintas esferas de influencia. La concepción del poder militar como garante último del orden, la división del mundo en distintas esferas de desarrollo, la aplicación de dobles estándares, y la relegación a un segundo plano frente a los estados del derecho internacional y las instituciones internacionales, especialmente la ONU, son elementos que parecen equiparar la imagen imperial con el resto de imágenes realistas. Sin embargo, varios elementos descriptivos, prescriptivos y predictivos despiertan dudas sobre su auténtica idiosincrasia. Se trata de importantes anomalías que sugieren que la imagen imperial se sitúa en un ámbito ajeno al realismo.

1. En primer lugar, el principio realista de la primacía de la soberanía de los estados se convierte en manos de los neoconservadores en abierto desprecio del derecho internacional y de las instituciones internacionales –especialmente la ONU– y en una descarnada estrategia unilateral. Pero esto es algo que no han suscrito nunca ni el realismo *clásico* de Morgenthau –gran conocedor de los límites, pero también de las virtudes, del derecho internacional, así como de la prudencia en política exterior– ni tampoco el realismo *liberal* de Bull, con su preocupación por las instituciones y el derecho como mecanismos de orden. En este sentido, la visión neoconservadora contrasta fuertemente con las imágenes geoeconómica, multipolar, e incluso unipolar, ya que ignora la necesidad de legitimidad

y poder blando para mantener el orden internacional. Las políticas de Washington tras el 11-S, con el giro de G. W. Bush hacia la estrategia de la *pre-emption*, suponen un desafío a las prescripciones de prudencia del realismo político, el cual se origina más en una desconfianza del poder que en una disposición a aumentarlo.

2. En segundo lugar, mientras que la imagen unipolar, a pesar de no contemplar el sistema de equilibrio de poder, no lo excluye por principio, las versiones neoconservadoras ignoran ese pilar fundamental del realismo político; ya se entienda la balanza, en sus sentidos básicos de situación (equilibrio o desequilibrio), política exterior (como política deliberada) o sistema²⁷. A lo sumo, en la imagen imperial persiste difusamente una lógica de equilibrio de poder, en el sentido de política deliberada para disuadir a posibles competidores como China u otras potencias regionales de intentar siquiera desafiar el orden económico y político impuesto por Washington, tal y como se plasma en un documento previo del Pentágono (*Defence Planning Guidance*) del subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz²⁸. Pero la visión que se deriva de una política así no encuentra ningún acomodo posible con la insistencia en el sistema de equilibrio de poder del neorealismo de Waltz.

3. En tercer lugar, frente a un realismo que evita mezclar en política exterior los intereses nacionales con un idealismo moral, el neoconservadurismo se declara abiertamente universalista, a veces incluso salvacionista, rozando la arrogancia al proclamar la supremacía política, económica y cultural del modelo liberal-democrático estadounidense. Para el realismo político resulta axiomático un cierto relativismo moral en las relaciones internacionales, que considera garantía de prudencia en política exterior y la mejor prescripción para mantener la paz entre las naciones. En contraste, para el presidente G. W. Bush el orden imperial se vertebra en torno a dos ejes morales: “el eje del bien” (EEUU a la cabeza de Occidente) frente al “eje del mal” (Irak, Corea del Norte, Irán, etc.). Este universalismo moral al servicio de la propia causa es lo que permite a Kagan contraponer la antigua *realpolitik* europea de los fríos intereses del Estado a la cruzada moral de EEUU contra los malvados regímenes de este mundo, supuesto origen de todos los males. Pero esta concepción providencialista del mundo refleja la arrogancia e ingenuidad moral que E. H. Carr denunciara en su día, y supone una reedición del “universalismo nacionalista” que Morgenthau consideró el mayor peligro para la estabilidad internacional²⁹.

4. En cuarto lugar, y en continuidad con el punto anterior, surge la cuestión de si la imagen imperial responde al interés nacional de Estados Unidos, o si, al desestabilizar el orden internacional, socava el liderazgo y la legitimidad de la superpotencia estadounidense, perjudicándola gravemente. Las políticas neoconservadoras corren el peligro de resultar contraproducentes, al provocar el rechazo general –en forma de antiamericanismo o terrorismo– de una superpotencia percibida por el resto como un *hegemon maligno*, en lugar del *hegemon benigno* que defienden los multilateralistas. Henry Kissinger ha insistido en que el nuevo imperialismo expansionista sólo puede aislar a EEUU y

agotar sus fuerzas inútilmente³⁰. La imagen imperial ignoraría la memorable lección de Tucídides, para el cual el desastre de los atenienses en la Guerra del Peloponeso se debió a un cálculo deficiente de las propias fuerzas, al abuso de su poder y al descuido de la adecuación de los medios a los fines que perseguían.

5. En quinto lugar, la imagen imperial confunde el rol central que las capacidades militares de los estados tienen a la hora de explicar la política internacional, con el *militarismo* de un solo Estado, EEUU, con un presupuesto militar en expansión que excede al de todos los países europeos juntos. Una cosa es afirmar, de acuerdo con el neorrealismo, que el lugar que un Estado ocupa en el sistema internacional viene dado por su capacidad militar, y otra muy distinta es sostener, como Kagan hace implícitamente, que el poder militar-tecnológico determina las percepciones, las estrategias y hasta la conducta moral de una superpotencia. A pesar de coincidir en el diagnóstico de las causas de la progresiva división entre Europa y EEUU, o en la importancia del poder militar a la hora de explicar el comportamiento de los estados, el tono y las prescripciones de Kagan contrastan fuertemente con las del neorrealismo de Stephen Walt o John Mearsheimer. La intervención estadounidense en Irak recibió fuertes críticas de estos dos últimos, reticentes ante el uso de políticas que consideran belicistas y totalmente ajenas al campo realista³¹. La comparación con las imágenes geoeconómica y multipolar resulta significativa a este respecto. Desde una perspectiva geoeconómica, el militarismo puede exacerbar la competición por los recursos vitales de la economía (petróleo en Irak, por ejemplo) o fomentar el proteccionismo comercial. En ese sentido, las imágenes geoeconómica e imperial no son antitéticas; pero las similitudes acaban aquí. La imagen imperial olvida que el aventurismo militar no puede sustituir la dimensión económica del sistema internacional, sujeta a reglas jurídicas sin las cuales se destruye el mercado; ni tampoco obviar la enorme resistencia que una persecución unilateral de ganancias relativas generará en la UE, Rusia, China, o en la OMC. De igual modo, desde una perspectiva multipolar, Kissinger –con la lección de Vietnam bien aprendida– ha criticado la tendencia a resolver los problemas geopolíticos sólo mediante el poder militar, recordando que EEUU tiene la responsabilidad de trabajar por un sistema internacional estable y cooperar con las demás potencias.

En definitiva, la imagen imperial termina por convertir el realismo político en una caricatura de sí mismo. Ya se mire desde una perspectiva geoeconómica, multipolar, o incluso unipolar, el orden imperial es insostenible a medio y largo plazo. Es cierto que las tres imágenes del orden internacional analizadas ignoran cualquier reforma profunda del statu quo, y adoptan una visión típicamente norteamericana del mundo. Las tres dan prioridad al factor estructural de la polaridad del sistema internacional, y las tres muestran un orden internacional cruzado por cables de poder de alta tensión, políticos y económicos, que empujan a los estados a la competencia. Con la excepción de la pseudoimagen del Gobierno mundial, el resto de imágenes subestiman la urgencia de

las muchas cuestiones políticas globales y la relevancia de nuevos actores contrarios al statu quo internacional. Pero, si bien las anteriores imágenes distan mucho de ser satisfactorias, la ruptura que la imagen imperial supone respecto a los principios del realismo político reviste una gravedad que traspasa los límites de un debate meramente escolástico, y sus efectos se extienden al terreno práctico donde se juegan la paz y la justicia mundiales. La imagen imperial, ya sea cuando se reclama heredera del realismo político, como cuando pretende monopolizarlo –ignorando el mecanismo de equilibrio de poder y la prudencia política y moral–, daña la concepción del realismo al reducirlo a un vulgar cliché de abuso de poder y militarismo. Aún más, en este sentido también introduce confusión en la disciplina de las relaciones internacionales.

El realismo, pese a sus limitaciones, es también una tradición plural que, como señalara hace más de cincuenta años Reinhold Niebuhr³², nació con Tucídides, Maquiavelo y Hobbes como una respuesta a la opresión, como un intento de gestionar el poder para evitar su excesos, y no como una apología del poder disfrazada de universalismo moral. El hecho de que las posibilidades *emancipatorias* del realismo no se hayan desarrollado hasta ahora en forma de imágenes del orden internacional no nos debe llevar a su identificación con el proyecto neoconservador. La imagen imperial olvida los puentes teóricos, tendidos por algunas variantes del realismo y perspectivas afines, a las teorías liberales, críticas o constructivistas. Por citar sólo algunos, el realismo postclásico de Robert Gilpin o Barry Buzan, el realismo liberal de la sociedad internacional de Bull, o la sociología histórica de Aron y Hoffmann, permiten pensar, en una u otra medida, en nuevos actores como las instituciones o la sociedad civil; en otras formas de poder, como la capacidad de influencia o poder blando; o, en fin, en mecanismos para generar orden, como una aplicación imparcial del derecho internacional despojada de los habituales dobles estándares del duro juego geopolítico. Pero, sobre todo, hay que recordar que una preocupación fundamental del realismo político, desde E. H. Carr a Gilpin, pasando por Hans Morgenthau o Reinhold Niebuhr, es cómo lograr un “cambio pacífico” (*peaceful change*) de un orden viejo a otro nuevo³³. Al descartar un acomodo pacífico del *hegemon* estadounidense a la nueva situación creada tras el 11-S, la imagen imperial se nos revela como un infeliz intento –otro más– de bloquear el paso a visiones alternativas para un orden internacional más pacífico y más justo.

Referencias bibliográficas

- BALDWIN, D. A. (ed.) *Neorealism and Neoliberalism*; New York, Columbia University Press, 1993.
BRZEZINSKI, Z. *The Grand Chessboard: American Primacy and its Geostrategic Imperatives*. New York: Basic Books, 1997.

- BULL, H. *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*. New York: Columbia University Press, 1977.
- BUSH, G. W. *The National Security Strategy of the United States of America*. The White House, September 2002.
- BUZAN, B. *The Logic of Anarchy: Neorealism to Structural Realism*. New York: Columbia University Press, 1993a.
- “From International System to International Society: Structural Realism and Regime Theory Meet the English School”. *International Organization*. No. 47, 3 (Summer 1993b). P. 327-352.
 - “The timeless wisdom of realism?”. En: SMITH, S. , BOOTH, K. y Zalewski, M. (eds.) *International Theory: positivism & beyond*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. P. 47-65.
- CARR, E. H. *The Twenty Years' Crisis. 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations; with new introduction by Michael Cox, [editor]; Palgrave, 2001 (edition 1981)*.
- COOPER, R. *The Post-Modern State and the World Order*. Londres: Demos, 1996.
- DONNELLY, J. *Realism and International Relations*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- GILPIN, R. *War and Change in World Politics*. New York: Cambridge University Press, 1981.
- “The Richness of the Tradition of Political Realism, in Neorealism and its Critics, Robert Keohane (ed.). New York: Columbia University Press, 1986. P. 301-321.
 - *The Challenge of Global Capitalism*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
 - “A Realist Perspective on International Governance”. En: HELD, D. AND MCGREW, A.(eds) *Governing Globalization*. Cambridge: Polity Press, 2002. P. 237-248.
- GRAY, J. *False Dawn: The Delusions of Global Capitalism*. London: Granta Books, 1998.
- HELD, D.; MCGREW, A.G.; GOLDBLATT, D. y PERRATON, J.; *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*. Cambridge: Polity Press, 1999.
- HIRST, P. y THOMPSON, G. *Globalization in Question*, Mc Graw Hill. Revised edition 1999.
- HUNTINGTON, S. “Why International Primacy Matters”. *International Security*. Vol. 17. No. 4 (Spring 1993). P. 63-83.
- *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Simon & Schuster, 1996.
 - “The Lonely Superpower”. *Foreign Affairs*. Vol. 78. No. 2 (March/April, 1999).
- KAGAN, R. “The Benevolent Empire”. *Foreign Policy*, Washington (Summer 1998).
- “Power and Weakness”. *Policy Review*. No. 113 (2002).
- KAGAN, R. y KRISTOL, W. “The Present Danger”. *The National Interest* (Spring 2000).
- KAPSTEIN, E. B. y MASTANDUNO, M. (eds) *Unipolar Politics: Realism and State Strategies After the Cold War*. New York: Columbia University Press, 1999.
- KEOHANE R.O. (ed) “Theory of World Politics: Structural Realism and Beyond”. En: KEOHANE, R. O. (ed), *Neorealism and Its Critics*. New York: Columbia University Press, 1986. P. 158-203.
- KISSINGER, H. *Diplomacia*. Barcelona: Ediciones B, 1994.
- *Does America Need a Foreign Policy?: Toward a Diplomacy for the 21st Century*: New York: Simon & Schuster, 2002.
- KRUGMAN, P. “Competitiveness, a Dangerous Obsession”. *Foreign Affairs*. No. 73 (1994), P. 28-44.

- LAYNE, C. "The Unipolar Illusion: Why New Great Powers Will Rise". En: BROWN, M. E.; LYNN-JONES, S.M. y MILLER, S.E. (eds) *The Perils of Anarchy. Contemporary Realism and International Security*. Cambridge: MIT, 1995. P. 130-176.
- MASTANDUNO, M. "A Realist View: Three Images of the Coming International Order". En: HALL, J. A. y PAUL T.V. (eds.) *International Order and the Future of World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999. P. 19-41.
- MEARSHEIMER, J. J. "Back to the Future. Instability in Europe After the Cold War". En: MICHAEL, E. BROWN, M. E.; LYNN-JONES, S. M. y Miller, S. E. (eds) 1995a. P. 78-129.
- "The False Promise of International Institutions"; *International Security*. En: MICHAEL, E. Brown, M. E.; LYNN-JONES, S. M. y Miller, S. E. (eds) 1995b. P. 332-376.
- "The Future of the American Pacifier". *Foreign Affairs* (September-October 2001).
- MEARSHEIMER, J. J. y WALT, S. "¿Can Sadam be contained? History says yes". Harvard: Belfer Center for Science and International Affairs, Harvard University (12 November 2002).
- MORGUENTHAU, H.J. *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace*; Mc Graw-Hill, [1948]1985 Sixth Edition revised by Kenneth W. Thomson.
- NEGRI, T. y HARDT, M. *Imperio*. Barcelona: Paidós, 2002.
- NIEBUHR, R. *The Children of Light and the Children of Darkness*. Nueva York: Scribner's, 1944.
- NYE, J. *The Paradox of American Power*. New York: Oxford University Press, 2002.
- RICE, C. "Promoting the National Interest". *Foreign Affairs* (January-February 2000).
- THUROW, LESTER *Head to Head: The Coming Economic Battle among Japan, Europe, and America*. New York: William Morrow, 1992.
- WALTZ, K. N. *Theory of International Relations*. Reading, Mass: Addison-Wesley, 1979.
- "The Emerging Structure of International Politics". En: BROWN, M. E.; LYNN-JONES, S.M. y MILLER, S. E. (eds), op. cit. 1995. P. 42-77.
- "Globalization and Governance", James Madison Lecture, December 1999. En: *PSOnline* <http://www.apsanet.org/PS/dec99/waltz.cfm> [Última consulta: 1.10.2003].
- "Globalization and American Power"; *The National Interest*. No. 59 (Spring 2000). P. 46-56.
- WOLFORTH, W. "The Stability of a Unipolar World". *International Security*. Vol. 24. No. 1 (verano 1999).
- ZOLO, D. *Cosmópolis*. Barcelona: Paidós, 2000.

Notas

1. Entre las innumerables obras que tratan de la tradición realista, señalo aquí sólo algunas de las fundamentales. Ver Michael Smith, 1984; Robert O. Keohane, 1986; David A. Baldwin, 1993; Barry Buzan, 1996; John Mearsheimer, 1995b; Stephen Brooks, 1997; Robert Gilpin, 1986, 2002; Jack Donnelly, 2000. Estas obras coinciden en identificar algunas variantes del realismo; el realismo clásico (Tucídides, Maquiavelo, Hobbes, E. H. Carr, Hans Morgenthau, Reinhold

Niebuhr, Henry Kissinger, etc.), el neorrealismo (Kenneth Waltz, John Mearsheimer), el realismo postclásico (Robert Gilpin, Barry Buzan), o el realismo liberal (Hedley Bull). Aquí entendemos realismo, salvo cuando especificamos la escuela, en un sentido ecléctico, como un corpus teórico basado en los siete principios expuestos.

2. Dos matices son esenciales a este respecto. Primero, el realismo parte de que la competición por la seguridad y la guerra son inevitables dada la estructura del sistema internacional. El realismo aspira tan sólo a explicar cómo funciona el mundo. Segundo, los autores realistas pueden tener profundas convicciones morales, y muchos *preferirían* que el mundo no fuera tal como es. Ver Mearsheimer 1995b. P. 375. Por su parte, Gilpin, 1986, habla de un sano “escepticismo moral” concededor de los límites de la razón en la política.
3. Bull, 1977, cap. I.
4. El *orden mundial* posee un carácter *inclusivo*, abarcando además de los estados a otros actores no estatales, públicos y privados. Para liberales y cosmopolitas, los individuos son el referente último de ese orden.
5. Mastanduno, 1999.
6. Waltz, 1995; Gilpin, 2000; Thurow, 1992; Gray, 1998.
7. Hirst & Thompson, 1999.
8. Sobre estos aspectos, ver, respectivamente, Paul Krugman, 1994; Hirst & Thompson, 1999, cap. 4; Susan Strange, 2001; Held & McGrew, Goldblatt & Perraton, 1999, cap. 3.
9. Gilpin, 2002; Waltz 1999, 2000.
10. Kissinger, 1994, cap. 31. Kissinger, cercano a la *vieja escuela* de los realistas clásicos, usa indistintamente los conceptos “orden mundial”, “orden internacional” y “sistema internacional”; una imprecisión que contrasta fuertemente con el rigor conceptual de los neorrealistas.
11. Waltz, 1979, 1995; Layne, 1995; Mearsheimer, 1995a.
12. Walt, 1998/99.
13. Kapstein & Mastanduno, 1999; Wolforth, 1999.
14. Mastanduno, 1999.
15. Mearsheimer, 2001; Waltz, 2000.
16. Huntington, 1996, 1999. Huntington lanza una crítica al paradigma realista tradicional por su incapacidad para explicar la política internacional tras el fin de la Guerra Fría. Básicamente, el realismo no tendría en cuenta el factor interno cultural, el cual conformaría las intenciones, las percepciones y las coaliciones de los estados. *Grosso modo*, el enfoque de Huntington puede considerarse una mezcla de realismo político y constructivismo, éste último en la medida en que el factor identitario –cultural, religioso, étnico– y las percepciones mutuas conforman el criterio de acción política.
17. Brzezinski, 1997.
18. Nye, 2002. Partidario de incorporar en lo posible el multilateralismo a la política exterior norteamericana, Nye observa que, en realidad, las diferencias desde el punto de vista estadounidense no se centran tanto en los fines – preservar el liderazgo norteamericano en el mundo- como en las estrategias. La estrategia de la Administración demócrata se inclina más al multilateralis-

- mo y al poder blando (*soft power*), mientras que la de la Administración republicana de G.W. Bush se decanta por el unilateralismo y el uso del poder duro (*hard power*).
19. Wolforth, 1999. P. 9.
 20. La 'Doctrina Bush' se plasma en el documento *The National Security Strategy of the United States of America*, The White House, septiembre 2002. Parte de la estrategia de seguridad tras el 11-S está prefigurada en el artículo de la consejera de Seguridad Nacional, Condolezza Rice; ver Rice, 2000.
 21. La imagen del Estado o Gobierno mundial apenas puede ser considerada propiamente realista, en la medida en que conlleva una insalvable carga utópica. Sin embargo, algunos de los autores realistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial contemplaron el Estado mundial como *posibilidad*. Por ejemplo, Morgenthau considera explícitamente el Gobierno mundial la solución ideal para lograr la paz mundial. Pero Kenneth Waltz y Hedley Bull, desde ópticas diferentes, lo rechazan. Una de las objeciones más repetidas por los realistas, al igual que para Kant, es el riesgo de crear un gigantesco y tiránico leviatán. La recuperación de la idea del Gobierno mundial, cobra sentido hoy en el contexto de la globalización, pero esta vez en la versión de una *governance* que, si bien no desmonta el sistema de estados, crea reglas e instituciones para abordar los problemas globales.
 22. Kagan, 1998, 2002; Kagan & Kristol, 2000. Entre los *halcones* no faltan las divisiones internas: por un lado, los partidarios de imponer la democracia *a la americana* por todo el mundo, como el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, o los expertos Robert Kagan y William Kristol; de otro lado, los partidarios de destruir las amenazas exteriores, pero sin comprometerse mucho en tareas de *nation-building*, como el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld.
 23. Cooper, 2000.
 24. Kagan, 2002. P. 9.
 25. Kaplan, 2000, 2002.
 26. Negri & Hardt, 2002. La visión de Negri y Hardt contrasta fuertemente con la imagen imperial. Si bien ambas reconocen en EEUU la superpotencia del nuevo orden mundial, para los primeros, a diferencia del imperialismo estatal de viejo cuño, el nuevo *Imperio* es sinónimo de globalización, ejerciéndose ahora de manera descentralizada y desterritorializada.
 27. Ver Claude, 1962.
 28. El documento data de 1992. Ver Zolo, 2000. P. 52-53, y P. 80, nota 6.
 29. Morgenthau, 1985.
 30. Kissinger, 2002.
 31. Mearsheimer & Walt, 2002.
 32. Niebuhr, 1944. Los malentendidos acerca del realismo político se deben tanto a una lectura superficial de los autores realistas –despojando sus textos de su contexto histórico–, como a la propia ambigüedad de aquéllos a la hora de definir el poder, el interés nacional, o el equilibrio de poder; o, en fin, a la dureza e inmoralidad de algunos dirigentes políticos que se llaman a sí mismos “realistas”.
 33. Carr, 2001; Gilpin, 198. Ambos sostienen que el problema fundamental de la moralidad internacional y de la política internacional consiste en establecer métodos del cambio pacífico.